

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

HEBREOS Y SANTIAGO

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Hebrews* © 1983 por The Moody Bible Institute of Chicago y publicado por Moody Press, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: James* © 1998 por John MacArthur y publicado por The Moody Bible Institute of Chicago/Moody Press, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Hebreos y Santiago* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1549-4

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

HEBREOS

*D*edicatoria

Con profunda gratitud a mi padre,
el doctor Jack MacArthur,
quien estimuló en mí la pasión por los libros
y me alentó con su ejemplo a usar los comentarios.

Contenido

Prólogo.....	7
Introducción.....	9
1. La superioridad de Cristo (He. 1:1-2).....	21
2. La preeminencia de Cristo (He. 1:2-3).....	29
3. Jesucristo es superior a los ángeles (He. 1:4-14).....	41
4. La tragedia de rechazar la salvación (He. 2:1-4).....	59
5. Recuperación del destino perdido del hombre (He. 2:5-9).....	71
6. Nuestro Salvador perfecto (He. 2:9-18).....	81
7. Jesús es superior a Moisés (He. 3:1-6).....	93
8. No endurezcáis vuestros corazones (He. 3:7-19).....	105
9. Entremos al reposo de Dios (He. 4:1-13).....	115
10. Nuestro gran sumo sacerdote (He. 4:14-16).....	127
11. Cristo es el sacerdote perfecto (He. 5:1-10).....	137
12. La tragedia de rechazar la revelación completa — Primera parte (He. 5:11-14).....	147
13. La tragedia de rechazar la revelación completa — Segunda parte (He. 6:1-8).....	155
14. La tragedia de rechazar la revelación completa — Tercera parte (He. 6:9-12).....	171
15. Las seguridades de la promesa de Dios (He. 6:13-20).....	179
16. Melquisedec: Un tipo de Cristo (He. 7:1-10).....	191
17. Jesús, el sacerdote superior — Primera parte (He. 7:11-19).....	203
18. Jesús, el sacerdote superior — Segunda parte (He. 7:20-28).....	215
19. El nuevo pacto — Primera parte (He. 8:1-13).....	223
20. El nuevo pacto — Segunda parte (He. 9:1-14).....	235
21. El nuevo pacto — Tercera parte (He. 9:15-28).....	247
22. Cristo, el sacrificio perfecto (He. 10:1-18).....	257
23. Aceptar a Cristo (He. 10:19-25).....	271
24. Apostasía: Rechazar a Cristo (He. 10:26-39).....	281
25. ¿Qué es la fe? (He. 11:1-3).....	295
26. Abel: Adorar en la fe (He. 11:4).....	305

27.	Enoc: Caminar en la fe (He. 11:5-6)	313
28.	Noé: Obedecer en la fe (He. 11:7)	323
29.	Abraham: La vida de la fe (He. 11:8-19)	331
30.	La fe que derrota la muerte (He. 11:20-22)	343
31.	Moisés: Las decisiones de la fe (He. 11:23-29)	349
32.	La valentía de la fe (He. 11:30-40)	363
33.	Corran por su vida (He. 12:1-3)	375
34.	La disciplina de Dios (He. 12:4-11)	387
35.	No alcanzar la gracia de Dios (He. 12:12-17)	403
36.	El Monte Sinaí y el Monte de Sion (He. 12:18-29)	413
37.	El comportamiento cristiano: En relación con otros (He. 13:1-3) . . .	423
38.	El comportamiento cristiano: En relación con nosotros mismos (He. 13:4-9)	433
39.	El comportamiento cristiano: En relación con Dios (He. 13:10-21) . . .	443
40.	Un epílogo breve (He. 13:22-25)	457
	Bibliografía	459
	Índice de palabras griegas y hebreas	461
	Índice de temas	463

Prólogo

La predicación expositiva del Nuevo Testamento sigue siendo para mí una comunión divina enriquecedora y gratificante. Mi objetivo siempre es tener comunión profunda con el Señor en la comprensión de su Palabra y, a partir de esa experiencia, explicar a su pueblo el significado de un pasaje. En palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por ponerle sentido al mensaje de modo que ellos puedan oír realmente la voz de Dios hablándoles, y le puedan responder.

Obviamente, el pueblo de Dios necesita entenderle y esto requiere conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que su Palabra more en ellos en abundancia (Col. 3:16). Por tanto, el impulso prevalente en mi ministerio es ayudar a que la Palabra viva de Dios esté viva en su pueblo. Es una aventura reconfortante o renovadora.

Esta serie del comentario al Nuevo Testamento refleja el objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son sobre todo lingüísticos, otros son más que nada teológicos y algunos están más enfocados en la homilética. Este es particularmente explicativo o expositivo. No es técnico lingüísticamente, aunque se adentra en la lingüística cuando parece útil para la interpretación apropiada. No es teológicamente expansivo, aunque se enfoca en las doctrinas principales de cada texto y en su relación con todas las Escrituras. No es homilético principalmente, aunque cada unidad de pensamiento en general se trata como un capítulo, con un delineamiento claro y un flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran —y se muestra su aplicación— con otras porciones de las Escrituras. Tras establecer el contexto de un pasaje, he intentado seguir de forma ajustada el desarrollo y el pensamiento del autor.

Mi oración es que cada lector entienda a cabalidad lo que dice el Espíritu Santo a través de esta parte de su Palabra, de forma tal que su revelación pueda arraigarse en las mentes de los creyentes y los lleve a una mayor obediencia y fidelidad, para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción

He titulado este estudio de la Epístola a los Hebreos “La preeminencia de Jesucristo”. Jesucristo es superior y preeminente a todos y a todo.

Los primeros tres versículos proporcionan una presentación adecuada. Pero antes de meternos a estudiarlos, necesitamos un poco de trasfondo como fundamento de nuestro estudio. El estudio de Hebreos es una aventura emocionante. Parte de la aventura se debe a la dificultad del libro. Es un libro con muchas verdades profundas y difíciles de captar que exigen un estudio diligente y fiel. Hay cosas aquí que están más allá de la comprensión y que requieren completa confianza en el Espíritu de Dios y en el compromiso sincero de entender su Palabra.

Mi antiguo profesor del Antiguo Testamento, el doctor Charles L. Feinberg, solía decir que no es posible entender la carta a los Hebreos sin entender el libro de Levítico, porque Hebreos tiene su base en los principios del sacerdocio levítico. Pero no se preocupe por la falta de comprensión de Levítico. Para cuando terminemos con Hebreos, también tendrá usted una buena comprensión de Levítico. Sin embargo, sería una clara ventaja si usted empezara, por su propia cuenta, a familiarizarse con Levítico, pues este contiene los símbolos ceremoniales para los cuales Hebreos presenta las realidades.

AUTOR

La epístola fue escrita por un autor desconocido. Algunos dicen que la escribió Pablo, otros dicen que fue Apolos y otros, que fue Pedro, y algunos dicen que fue tal o aquella persona. Debido a las diferencias en estilo, vocabulario y modelo de referencia personal en las epístolas que se conocen de Pablo, dudo yo que esta sea suya. Sabemos que fue escrita por un creyente, bajo inspiración, a un grupo de judíos sufrientes y perseguidos en alguna parte del Cercano Oriente, fuera de Israel. En cuanto a la autoría humana exacta, estoy con uno de los grandes maestros de la historia primitiva llamado Orígenes, quien dijo simplemente: “nadie sabe”. Muy adecuado, puesto que el propósito del libro es exaltar a Cristo. A lo largo de este estudio nos vamos a referir al hecho de que, como el resto de la Biblia, lo escribió el Espíritu Santo; y a Él sí lo conocemos.

AUDIENCIA

No hay referencias a los gentiles en el libro. No se mencionan ni se reflejan aquí los problemas entre gentiles y judíos en el seno de la iglesia, lo cual indica casi ciertamente que la congregación a la cual va dirigida la carta era estrictamente judía. Los méritos del Señor Jesucristo y el nuevo pacto se revelaron a estos judíos creyentes y sufrientes —y a algunos incrédulos—; méritos que están en contraste con el antiguo pacto, bajo el cual habían vivido y adorado desde hacía tanto tiempo.

No conocemos la ubicación exacta de este grupo de hebreos. Quizás estaban en algún lugar cercano a Grecia. Sabemos que fueron los apóstoles y profetas quienes evangelizaron esta comunidad (2:3-4). Por supuesto, por los profetas quiere decirse profetas del Nuevo Testamento (Ef. 2:20). Evidentemente, esta iglesia se había fundado poco después de la ascensión de Cristo. En el momento en que la carta se escribió, ya existía allí una congregación pequeña de creyentes.

La carta también está dirigida a incrédulos que, evidentemente, eran miembros de la comunidad judía. A diferencia de muchos judíos en Palestina, ellos nunca tuvieron la oportunidad de conocer a Jesús. Cualquier cosa que supieran sobre Él era de segunda mano (He. 2:3-4). Por supuesto, ellos no tenían los escritos del Nuevo Testamento como testimonio, porque esos escritos no se habían unificado aún. Lo que supieran de Cristo y su evangelio lo habían aprendido de creyentes cercanos, o quizás directamente por boca de algún apóstol o profeta.

La carta debió escribirse después de la ascensión de Cristo, que ocurrió alrededor del año 30 d.C., y antes de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., puesto que el templo aún estaba de pie. Creo que probablemente se escribió cerca del 70, quizás en el 65. Sabemos que no hubo misioneros apostólicos enviados desde Jerusalén hasta al menos siete años después de haberse fundado la iglesia allí. Probablemente, poco tiempo después de aquello, los apóstoles habrían llegado a esta comunidad judía, tal vez a muchos kilómetros de distancia. Y, después de haberla alcanzado, los creyentes debieron tener cierto tiempo ya para aprender, como se refleja en la carta:

Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido (5:12).

En otras palabras, les está diciendo: “Tuvieron tiempo suficiente para madurar, pero no son maduros”.

Debemos entender que a lo largo de esta epístola se tienen en mente tres grupos básicos de personas. Si no tenemos en cuenta a esos grupos, el libro resulta bastante confuso. Si, por ejemplo, como algunos han dicho, fuera escrito exclusivamente para cristianos, surgirían problemas extremos de interpretación en varios pasajes que difícilmente son válidos para los creyentes. Y como la carta se refiere con frecuencia a los creyentes, tampoco puede haberse escrito principalmente para los incrédulos. De modo que debió escribirse para incluirlos a los dos. De hecho, la carta se dirige a tres grupos básicos en esta comunidad judía. Esa es la base fundamental para entender la epístola, y ahí es donde las personas suelen confundirse, especialmente en la interpretación de los capítulos 6 y 10.

GRUPO I: CRISTIANOS HEBREOS

Primero, en esta comunidad de judíos había una congregación de verdaderos creyentes en el Señor Jesucristo, provenientes del judaísmo en el que habían nacido y crecido. Ahora habían nacido de nuevo, habían recibido a Jesucristo como su Mesías y Salvador personal, y se habían hecho sus seguidores. El resultado fue una hostilidad tremenda por parte de su propio pueblo: ostracismo de sus familias, persecución y sufrimiento de muchas clases, aunque todavía no el martirio (10:32-34; 12:4). Sufrieron mucho, pues fueron perseguidos por sus compatriotas judíos y tal vez también por los gentiles.

Debieron haber anticipado gran parte de lo que les pasó y madurado lo suficiente para lidiar con ello. Pero no pasó ni lo uno ni lo otro. Carecían de total confianza en el evangelio, y por ende, en su Señor. Estaban en peligro de volver a los patrones y normas del judaísmo; no de perder su salvación, sino de confundir el evangelio con las ceremonias y el legalismo del judaísmo, debilitando así su fe y su testimonio. No pudieron llegar al punto de aceptar la distinción clarísima del evangelio, el nuevo pacto en Cristo, con las formas, ceremonias, patrones y métodos del judaísmo. Por ejemplo, aún se aferraban a la adoración y al ritual del templo. Por esa razón el Espíritu les habló tanto acerca del nuevo sacerdocio, el templo nuevo, el sacrificio nuevo y el santuario nuevo, todos estos mejores que sus versiones antiguas.

Habían ido más allá del judaísmo cuando recibieron a Jesucristo; sin embargo, era entendible que se sintieran tentados a aferrarse a muchos hábitos del judaísmo que habían formado parte de su vida. Cuando sus amigos y compatriotas comenzaron a perseguirlos intensamente, la presión los llevó a asirse aun más fuerte a algunas de sus tradiciones judías antiguas. Sentían que debían mantener un pie en sus relaciones antiguas. Era difícil romper con ellas.

Con toda esa presión, además de su fe débil y su ignorancia espiritual, estaban en grave peligro de mezclar lo nuevo con lo viejo. Estaban en grave peligro de convertir su cristianismo en rituales, ceremonias y legalismos. Era una

congregación completa de hermanos “débiles” (cp. Ro. 14:2; 1 Co. 8:9) que aún llamaban “inmundo” lo que el Señor había santificado (Mr. 7:19; Hch. 10:15; Ro. 14:12; 1 Ti. 4:1-5).

El Espíritu Santo les envió directamente esta carta para fortalecer su fe en el nuevo pacto, para mostrarles que no necesitaban el templo antiguo (que de cualquier forma a los pocos años sería destruido por Tito Vespasiano, mostrando que Dios había terminado ese asunto; cp. Lc. 21:5-6). No necesitaban el sacerdocio levítico-aarónico. No necesitaban los sacrificios diarios de antaño. No necesitaban las ceremonias. Tenían un pacto nuevo y mejor con un sacerdocio nuevo y mejor, un santuario nuevo y mejor, y un sacrificio nuevo y mejor. Las imágenes y los símbolos habrían de dar paso a la realidad.

La Epístola a los Hebreos se escribió para dar confianza a estos creyentes que se estaban hundiendo. El Señor le estaba hablando a cristianos, diciéndoles que asieran el pacto mejor y el sacerdocio mejor que no retrocedieran a los patrones del judaísmo, en cuanto al sacerdocio y en cuanto a todo lo demás. Debían vivir exclusiva y decididamente en el presente y dar testimonio de su nueva relación en Cristo.

GRUPO II: HEBREOS NO CRISTIANOS QUE ESTABAN CONVENCIDOS INTELECTUALMENTE

Todos hemos conocido personas que han oído la verdad de Jesucristo y están intelectualmente convencidas de que Él es de verdad quien dijo ser, pero no están dispuestos a hacer un compromiso de fe en Él.

En el grupo de hebreos a quienes se escribió esta epístola había esta clase de no cristianos, como ocurre hoy en muchos grupos. Es probable que desde Pentecostés haya habido en las iglesias personas convencidas de que Jesús es el Cristo, y que nunca se entregaron a Él.

Estos hebreos no cristianos, convencidos intelectualmente pero no comprometidos espiritualmente, son destinatarios de algunas de las cosas que el autor tiene por decir. Creían que Jesús era el Cristo, el Mesías al que se referían las Escrituras judías (lo que ahora llamamos el Antiguo Testamento), pero no estaban dispuestos a recibirlo personalmente como su Señor y Salvador. ¿Por qué? Quizás, como aquellos a quien describió Juan, creían en Él pero amaban más la aprobación de los hombres que la aprobación de Dios (Jn. 12:42-43). No estaban dispuestos a hacer el sacrificio requerido. De modo que el Espíritu Santo los exhorta a recorrer el camino completo de la fe salvadora, a recorrer todo el camino de compromiso con el señorío de Cristo.

En el capítulo 2 se encuentra una de las declaraciones especiales para este grupo de convencidos intelectualmente, mas no comprometidos espiritualmente:

Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? (2:1-3a).

Estaban en el punto de reconocer, pero no de comprometerse. Eran culpables del gran pecado de negarse a hacer aquello de lo cual intelectualmente estaban convencidos. Los mismos apóstoles les habían confirmado la verdad del evangelio, con todos los milagros y los dones del Espíritu Santo (v. 4).

En el capítulo 6, el autor vuelve a hablar a este grupo:

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (6:4-6).

Esta es una advertencia al convencido meramente en su intelecto de no parar en el punto en que se encuentra. Si se detiene después de haber recibido la revelación total, y especialmente después de estar convencido de la verdad de esa revelación, solo queda un camino por recorrer. Si una persona está totalmente convencida de que Jesucristo es quien afirmó ser y luego se niega a creer, tal persona se queda sin excusa y sin esperanza, pues aunque está convencida de la verdad del evangelio, no deposita su confianza en este. A tal persona se le advierte aquí que Dios no puede hacer nada más.

¿Cuál es el pecado más grande que puede cometer un hombre? Rechazar a Cristo:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados (10:26).

Si una persona oye el evangelio, lo entiende y está convencida en su mente de la verdad, pero voluntariamente rechaza a Cristo, ¿qué más puede hacer Dios? ¡Nada! Todo lo que Dios puede prometerle es “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (v. 27).

La advertencia continúa:

¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (10:29).

Cuando usted conoce la verdad del evangelio y lo rechaza, las consecuencias son terribles y permanentes.

En 12:15, vuelve a haber otra advertencia:

Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas (12:15-17).

Esta es la tragedia de llegar tarde, y nadie más tiene la culpa sino nosotros.

Los pasajes mencionados son controversiales y hablaremos de ellos en detalle en los lugares apropiados.

GRUPO III: HEBREOS NO CRISTIANOS QUE NO ESTABAN CONVENCIDOS

En este libro el Espíritu Santo no habla solamente a los cristianos para fortalecer su fe, o a los convencidos intelectualmente para empujarlos hacia la línea de la fe salvadora; también habla a quienes no han creído en absoluto, a quienes aún no están convencidos de ninguna parte del evangelio. Busca mostrarles con claridad que Jesús es quien dijo que era. Esta verdad es la idea principal del capítulo 9.

Por ejemplo, en 9:11 dice:

Pero [está] ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación.

Y pasa a explicar el nuevo sacerdocio de Cristo:

¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna... Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan (9:14-15, 27-28).

Estos mensajes hablan directamente a los incrédulos, no a los cristianos y tampoco a quienes ya están convencidos intelectualmente del evangelio. Son para quienes necesitan saber de verdad quién es Cristo.

Entonces, estos son los tres grupos que la epístola tiene en perspectiva. La clave para interpretar cualquier parte de Hebreos es entender a qué grupo se está dirigiendo. Si no lo entendemos, podemos confundir las cosas. Por ejemplo, con seguridad el Espíritu no está diciendo a los creyentes: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (9:27). Siempre debemos entender a qué grupo está Él hablando. En cuanto procedamos con el estudio de Hebreos, relacionaremos cada texto con alguno de los tres grupos.

El mensaje principal va dirigido a los creyentes y periódicamente hay advertencias superpuestas a los dos grupos de incrédulos. De una forma maestra, de una forma tal que no puede ser sino divina, el Espíritu Santo habla para los tres, a cada una de sus necesidades particulares y a sus preguntas específicas.

En Hebreos hay confianza y seguridad para el cristiano. Hay advertencia para el intelectualmente convencido sobre recibir a Cristo o ser condenado por su conocimiento. Finalmente, hay una presentación convincente para el judío incrédulo que ni siquiera está persuadido intelectualmente de creer en Jesucristo. Hebreos es para estos tres grupos una presentación de Cristo, el Mesías, el autor de un nuevo pacto mayor que el del Antiguo Testamento. El antiguo pacto no era ni malo ni equivocado; Dios lo dio y, por tanto, era bueno. Pero era incompleto y preliminar. Preparó el escenario para el nuevo.

ESBOZO TEMÁTICO DEL LIBRO

Como ya hemos aclarado, el tema general es la superioridad o preeminencia de Cristo. Él es mejor que cualquier cosa anterior a Él, es mejor que cualquier persona del Antiguo Testamento, es mejor que cualquier institución del Antiguo Testamento, es mejor que cualquier ritual del Antiguo Testamento, es mejor que cualquier sacrificio del Antiguo Testamento, es mejor que todos los demás y que todo lo demás. Este esbozo general de Hebreos muestra el patrón básico de presentación de la superioridad de Jesucristo. Seguiremos de manera amplia este patrón en nuestro estudio.

La carta comienza con la superioridad general de Cristo sobre todo y sobre todos, una especie de resumen de toda la epístola en los primeros tres versículos. Luego viene la superioridad de Cristo con respecto a los ángeles; luego con respecto a Moisés, a Josué, a Aarón y su sacerdocio; luego con respecto al antiguo pacto; la superioridad del sacrificio de Cristo con respecto a los sacrificios antiguos; la superioridad del pueblo fiel de Cristo con respecto a todos los

infieles; y la superioridad del testimonio de Cristo con respecto al testimonio de cualquier otro. Este delineamiento breve nos proporciona la estructura del libro que, sobre todo lo demás, enseña la superioridad absoluta, completa y total, de Jesucristo.

ALGUNAS OBSERVACIONES DEL TRASFONDO

NINGÚN JUDÍO PODÍA VER A DIOS Y SEGUIR VIVIENDO

Antes de empezar a mirar los pasajes y versículos particulares, permítaseme sugerir un par de notas. Para los judíos siempre había sido peligroso acercarse a Dios. “No me verá hombre, y vivirá” (Éx. 33:20). En el gran día de la expiación (Yom Kipur) —que ocurría una vez al año y que muchos judíos siguen guardado hoy de una forma u otra— y solamente ese día, el sumo sacerdote podía entrar al Lugar Santísimo, donde habitaba la gloria *shekinah*, donde Dios estaba presente de manera única. No podían ver a Dios, no podían contemplarlo. Ni siquiera podían acercársele, excepto en este único día del año; y solo una persona podía hacerlo, el sumo sacerdote. Debía entrar y salir rápido. No se podía quedar allí sin poner a Israel en terror de juicio.

Naturalmente, como no había ninguna cercanía personal con Dios, debía existir alguna base para la comunión entre Israel y Dios. Así, Dios estableció un pacto. En este pacto, Dios en su gracia e iniciativa soberana le ofreció a Israel una relación especial con Él. De una manera única, Él sería su Dios y ellos serían su pueblo para alcanzar el mundo. Ellos tendrían acceso especial a Él si obedecían su ley. Quebrantar la ley era pecado, y el pecado interrumpía el acceso a Él. Y puesto que siempre había pecado, el acceso siempre se interrumpía.

LOS SACRIFICIOS ANTIGUOS

De modo que Dios instituyó un sistema de sacrificios como hechos externos de arrepentimiento interno. Por medio del sacerdocio levítico, se hacían sacrificios que simbolizaban la expiación por el pecado, de modo que la barrera pudiera quitarse para tener acceso a Dios. Funcionaba así: Dios les dio su pacto, que incluía su ley, y con ello le ofreció al pueblo acceso a Él. El hombre pecaba, la ley se rompía y la barrera volvía a elevarse. Entonces se ejecutaba otro sacrificio de arrepentimiento para que la barrera cayera y la relación se restableciera.

Naturalmente, nos surge la pregunta de cuán seguido tenía que haber sacrificios. La respuesta es: incesantemente. Hora tras hora, día tras día, mes tras mes, año tras año. Nunca paraban. Además de esto, los sacerdotes también eran pecadores. Tenían que hacer sacrificios por sus pecados antes de que pudieran hacer sacrificios por los pecados del pueblo. De modo que la barrera subía y

caía, subía y caía, subía y caía. Este solo hecho ya demuestra la ineficacia del sistema. Era una batalla perdida contra el pecado y la barrera que este erigía. Y aparte de todo esto, el sistema en su totalidad nunca eliminaba el pecado de manera completa y final. Solamente lo cubría.

El hombre necesitaba un sumo sacerdote y un sacrificio perfectos para abrir el paso de una vez por todas: un sacrificio que fuera más que una simple figuración, no que tratara uno a uno nuestros pecados, sino que se los llevara todos de una vez por todas. Eso, dice el escritor de Hebreos, es exactamente lo que Jesús fue y lo que hizo.

EL SACRIFICIO NUEVO

Jesucristo vino como el mediador de un pacto mejor porque no debía repetirse hora tras hora ni mes tras mes ni año tras año. Cristo viene como el mediador de un pacto mejor porque su sacrificio quita de una vez y para siempre todos los pecados cometidos. Cristo viene como mediador de un pacto mejor porque es un sacerdote que no necesita hacer sacrificios para sí. Es totalmente perfecto, el sacerdote perfecto, el sacrificio perfecto. Jesucristo, en su sacrificio propio —su sacrificio de sí mismo— mostró la perfección que eliminaba el pecado.

En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre (10:10).

Aquí, santificados significa “hechos puros” y el énfasis está en “mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha UNA VEZ PARA SIEMPRE”. Esto es algo sorprendentemente nuevo en el sistema de sacrificios: un sacrificio, ofrecido una sola vez. De veras es un pacto maravillosamente mejor.

Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios (10:12).

Se trata de algo que ningún sacerdote podía hacer. Ni siquiera había sillas en el área de sacrificios en el tabernáculo o el templo. Los sacerdotes debían hacer sacrificios continuamente; su tarea no terminaba nunca. Jesús, habiendo hecho su sacrificio, “se ha sentado”. Se terminó. Se acabó. “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (10:14).

MEJOR SACERDOTE, MEJOR SACRIFICIO

Entonces hay un sacerdote mejor que hizo un mejor sacrificio. Tal es el mensaje central de la carta a los Hebreos. El Espíritu dice al judío creyente: “Mantén tu

confianza en este Sacerdote y este sacrificio”. Al convencido intelectualmente le dice: “Recibe a este Sacerdote y acepta el sacrificio que hizo. Estás en la línea divisoria de la decisión, no te pierdas sabiendo que estás tan solo a un paso”. Y a quien no está convencido le dice: “Mira a Jesucristo. Ve que Él es mejor que los sacerdotes levíticos y su sacrificio es mejor que los incontables sacrificios de ellos. Recíbelo”.

El Espíritu dice aquí: “Judíos, toda su vida han buscado al Sacerdote perfecto. Han buscado el Sacrificio perfecto final. Se los presento: Jesucristo”.

DIFICULTADES PARA LOS CRISTIANOS JUDÍOS

Téngase en mente que la idea de un nuevo pacto no era fácil de aceptar para los judíos. Aun después que aceptaran el nuevo, les parecía difícil romper el antiguo en su totalidad. Por supuesto, los gentiles no tenían ese problema, debido a que nunca fueron parte del antiguo. Hacía mucho tiempo habían perdido cualquier conocimiento real del Dios verdadero y, en consecuencia, adoraban ídolos —algunos primitivos, algunos sofisticados, pero finalmente ídolos— (cp. Ro. 1:21-25).

Pero los judíos siempre habían tenido una religión divina. Durante siglos habían sabido de un lugar señalado por Dios para adorar, de una forma revelada por Dios de adorar. El mismo Dios había establecido su religión. En efecto, podían decir al testificar a los gentiles: “Aquí está la verdad”. Pero si alguien llegaba donde un judío y le decía lo mismo, probablemente el judío le respondería: “Yo ya conozco la verdad”. Si le respondían: “Pero esta verdad es del Dios verdadero”, el judío respondería: “Mi verdad también lo es”.

Para un judío no era fácil deshacerse completamente de toda su herencia, especialmente cuando sabía que Dios le había dado gran parte de ella. Aun después que los judíos recibían al Señor Jesucristo, esta parte les era difícil. Tenían un deseo tradicional de retener algunas de las formas y ceremonias que habían sido una parte de sus vidas desde su niñez. Por tanto, parte del propósito de Hebreos era confrontar a los judíos nacidos de nuevo con el hecho de que podían, y debían, dejar ir todos sus tropezaderos judaicos. Pero como el templo seguía de pie y los sacerdotes seguían ministrando allí, esta parte era particularmente difícil. Dejar ir esas cosas se hizo más fácil después de la destrucción del templo en el 70 d.C.

Cuando se considera la persecución intensa que los judíos cristianos estaban padeciendo en aquel momento, es fácil apreciar las dificultades y tentaciones que enfrentaban. El sumo sacerdote Ananías era particularmente duro e implacable. Había prohibido la presencia de todos los judíos cristianos en los lugares santos. Eso fue fuerte. Toda la vida habían tenido acceso a tales lugares sagrados. Ahora no podían tener parte en los servicios que Dios ordenó. Se les consi-

deraba impuros. No podían ir a la sinagoga, mucho menos al templo; no podían ofrecer sacrificios; no podían comunicarse con los sacerdotes. No podían hacer nada con su propio pueblo. Se les arrancó de su sociedad. Por aferrarse a Jesús como Mesías, se les prohibió casi todo lo sagrado que habían conocido. Aunque para los ojos de Dios eran los únicos judíos verdaderos (Ro. 2:28-29), sus compatriotas judíos los consideraban peores que los gentiles.

Muchos judíos cristianos estaban comenzando a decirse: “Esto no es fácil. Recibimos el evangelio y lo creímos. Pero es difícil romper con nuestra religión, con nuestro propio pueblo, con las tradiciones a las que siempre nos hemos aferrado, y enfrentar una persecución. Es difícil para nosotros no dudar de que Jesús sea el Mesías”. Tales dudas eran su gran problema, porque eran infantiles espiritualmente.

A lo largo de todo Hebreos, se les dice a estos cristianos inmaduros pero amados que mantengan su confianza en Cristo, su nuevo gran sumo sacerdote y mediador de un pacto mejor. Se les recuerda que no estaban perdiendo nada por lo cual no fueran a obtener algo infinitamente mejor. Se les privó del templo terrenal, pero ahora iban a obtener uno celestial. Se les privó del sacerdocio terrenal, pero ahora tenían un sacerdote celestial. Se les privó de la antigua norma de sacrificios, pero ahora tenían un sacrificio final.

TODO ES MEJOR

En esta epístola reina el contraste. Todo lo que aquí se presenta es presentado como mejor: una esperanza mejor, un pacto mejor, una promesa mejor, un sacrificio mejor, una sustancia mejor, un país mejor, una resurrección mejor, un todo mejor. Aquí se presenta a Jesucristo como el Mejor supremo. Y nosotros somos presentados como estando en Él, habitando en una dimensión completamente nueva: la celestial. Leemos del Cristo celestial, del llamado celestial, del don celestial, de la patria celestial, de la Jerusalén celestial y de nuestros nombres escritos en los cielos. Todo es nuevo. Todo es mejor. No necesitamos lo antiguo.

Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos (8:1).

Este es el resumen completo de Hebreos en una sola frase. Nuestro sacerdote es el Sumo Sacerdote de sumos sacerdotes, y está sentado. Su obra está terminada, completamente consumada por toda la eternidad y a favor nuestro.

La superioridad de Cristo

1

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; (1:1-2)

El escritor no se demora en declarar su propósito. Lo deja claro de forma sencilla en los tres primeros versículos. Nos dice que Cristo es superior a todos y a todo. Las tres características principales de superioridad son: preparación, presentación y preeminencia. Téngase en mente que todo el libro presenta a Cristo como lo mejor de lo mejor entre todo y todos los que le precedieron; absolutamente mejor que cualquier cosa provista en el Antiguo Testamento, el antiguo pacto.

LA PREPARACIÓN PARA CRISTO

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, (1:1)

Esta es una indicación de cómo escribió Dios el Antiguo Testamento. Su propósito era preparar para la venida de Cristo. Ya fuera por profecía, tipificación, principio, mandamiento o cualquier cosa, su propósito era preparar para Cristo.

Los sentidos del hombre, maravillosos como son, son incapaces de llegar más allá del mundo natural. Para que sepamos algo sobre Dios, Él debe decírnoslo. Nunca podríamos conocer a Dios si Él no nos hablara. Por eso, el escritor nos recuerda, en el Antiguo Testamento Dios habló.

LOS CAMINOS DEL HOMBRE HACIA DIOS

El hombre vive en una “caja” natural que lo encierra en las cuatro paredes del tiempo y el espacio. Por fuera de esta caja está lo sobrenatural, y en alguna parte de su interior el hombre sabe que lo sobrenatural está ahí afuera. Pero en sí mismo, el hombre nada sabe con certeza sobre ello. De manera que alguien

aparece y dice: “Tenemos que descubrir lo sobrenatural, el mundo de ‘allá afuera’”, y nace una religión nueva. Quienes están interesados corren hacia las paredes de la caja, toman sus cinceles mentales imaginativos e intentan hacer un agujero en una pared de la caja por medio del cual puedan salir, o al menos mirar, y descubrir los secretos del otro mundo.

En sentido figurado, es eso lo que siempre ocurre. El budista dice que cuando nos concentramos y nos esforzamos por alcanzar el nirvana, de repente salimos de la caja. Hemos trascendido lo natural y nos hemos abierto camino a lo sobrenatural. Básicamente, el musulmán dice lo mismo, aunque con diferentes palabras. Así también todas las demás religiones: zoroastrismo, hinduismo, confucionismo o cualquiera que sea. Todos son intentos del hombre por escapar de la natural a lo sobrenatural, por salir de la caja. Pero el problema es que no puede salir por su cuenta.

EL CAMINO DE DIOS HACIA EL HOMBRE

Por definición, el hombre natural no puede escapar a lo sobrenatural. No podemos meternos en una cabina telefónica religiosa y transformarnos en Superman. No podemos trascender por nosotros mismos nuestra existencia natural. Si algo hemos de saber acerca de Dios, no será por escapar, escalar, pensar o esforzarnos por llegar a Él. Solamente será porque Él venga hacia nosotros, porque Él nos hable. No podemos entender a Dios por nuestra cuenta más de lo que un insecto en nuestra mano puede entendernos a nosotros. Tampoco podemos bajar al nivel del insecto; y aun si pudiéramos hacerlo, no podríamos comunicarnos con él. Pero Dios puede bajar a nuestro nivel y puede comunicarse con nosotros. Lo ha hecho.

Dios se hizo hombre y entró en nuestra caja para hablarnos de Él, más completa y cabalmente de lo que pudo hablar por medio de sus profetas. No solo fue aquella revelación divina, sino revelación divina personal del estilo más literal, perfecto y maravilloso. Todas las religiones humanas reflejan sus intentos de abrirse camino a través de la caja. Sin embargo, el mensaje del cristianismo es que “el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10).

Cuando Dios irrumpió en la caja, lo hizo en forma humana, y el nombre de esa forma humana es Jesucristo. Esa es la diferencia entre el cristianismo y todas las demás religiones del mundo. Por esa razón es tan necio cuando alguien dice: “No importa lo que usted crea o qué religión siga”. Importa muchísimo. Todas las religiones no son más que el intento del hombre por descubrir a Dios. El cristianismo es que Dios irrumpe en el mundo del hombre, mostrándole y diciéndole cómo es Él. Dios tuvo que invadir el mundo del hombre y hablarle sobre sí mismo, porque el hombre es incapaz de identificar, comprender o entender cosa alguna sobre Dios. Él nos dijo desde el principio que iba a venir.

POR LOS PROFETAS: DE MUCHAS MANERAS

Esto lo hizo por medio del Antiguo Testamento. Usó a hombres como instrumentos, pero estaba detrás de ellos iluminándolos y capacitándolos. Los deístas enseñan que Dios empezó el mundo y luego se alejó, dejándolo andar por sí mismo. Pero Dios no se ha separado de su creación, Él participa en nuestro mundo. El Dios vivo y verdadero, a diferencia de los dioses falsos creados por el hombre, no es mudo ni indiferente. El Dios de las Escrituras, a diferencia de “la primera causa” impersonal de algunos filósofos, no se queda callado. Habla. Habló primero en el Antiguo Testamento, que no es una colección de sabiduría de hombres antiguos, sino la voz de Dios.

Nótese ahora cómo habló Dios: “muchas veces y de muchas maneras”. El escritor usa un juego de palabras en el idioma original: “Dios, *polumerōs* y *polutropōs*...”. Estas dos palabras griegas son interesantes. Significan, respectivamente, “muchas veces” (en términos de los libros) y “de muchas maneras”. Hay muchos libros en el Antiguo Testamento: treinta y nueve. Dios habló a los hombres **muchas veces** (*polumerōs*) en tales porciones y **de muchas maneras** (*polutropōs*). A veces por una visión, a veces por una parábola, a veces mediante tipos o símbolos. Hubo muchas formas diferentes por las cuales habló Dios en el Antiguo Testamento. Pero siempre es Dios hablando. Se incluyen también aquí palabras de los ángeles y los hombres porque Él quiere que las conozcamos.

Dios usaba hombres —sus mentes y sus personalidades—, pero estaban totalmente controlados por el Espíritu de Dios. Cada palabra que escribían era la palabra que Dios había decidido y se deleitaba con lo que escribían.

La expresión **de muchas maneras** incluye formas literarias. Parte del Antiguo Testamento es narrativa. Parte es poesía en la hermosa métrica hebrea. “De muchas maneras” incluye también muchos tipos de contenido. Parte es ley, parte es profecía, parte es doctrina, parte es ética y moral, parte es advertencia, parte es ánimo, y así sucesivamente. Pero siempre es Dios hablando.

REVELACIÓN PROGRESIVA

VERDAD PERO INCOMPLETA

No obstante, el Antiguo Testamento, a pesar de ser hermoso, importante y autoritativo, también es fragmentario e incompleto. Fue dado en el transcurso de unos mil quinientos años por medio de más de cuarenta escritores; en muchas revelaciones diferentes, cada una con sus propias verdades. Comenzó a construirse verdad por verdad. Era lo que llamamos revelación progresiva. Génesis presenta algunas verdades, Éxodo presenta otras más. La verdad se fue edificando de manera sucesiva. En el Antiguo Testamento, a Dios, por su

gracia, le pareció bien dispensar su verdad a los judíos por medio de los profetas; de muchas formas diferentes, desarrollando su revelación progresivamente de menores a mayores grados de iluminación. La revelación no se edificó de error a verdad, sino de verdad incompleta a verdad más completa. Y permaneció incompleta hasta la culminación del Nuevo Testamento.

Por tanto, la revelación divina que va del Antiguo al Nuevo Testamento es revelación progresiva. Progresó de promesa a cumplimiento. El Antiguo Testamento es promesa, el Nuevo Testamento es cumplimiento. Jesucristo dijo: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas”, esto es, el Antiguo Testamento; “sino para cumplir” (Mt. 5:17). Su revelación progresó de promesa a cumplimiento. De hecho, el Antiguo Testamento indica claramente que los hombres de fe que lo escribieron confiaban en una promesa que aún no habían entendido. Confiaban en una promesa que aún estaba por cumplirse.

Permítanme dar algunos versículos que respalden esto. Hebreos 11 menciona a muchos de los grandes santos del Antiguo Testamento. “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido” (v. 39). En otras palabras, nunca vieron el cumplimiento de la promesa. Previeron lo que había de pasar sin verlo cumplido completamente. Pedro nos dice que los profetas del Antiguo Testamento no entendieron todo lo que escribieron: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio” (1 P. 1:10-12).

Por supuesto, debemos entender claramente que el Antiguo Testamento no tenía errores en ningún sentido. Antes bien, contenía un desarrollo de luz espiritual y normas morales, hasta que la verdad divina se refinó y finalizó en el Nuevo Testamento. La distinción no está en la validez de la revelación —su integridad o falibilidad— sino en su plenitud y el momento de ella. Al igual que a los niños se les enseña primero las letras y luego las frases, así también entregó Dios su revelación. Comenzó con “el libro de dibujos” de tipos, ceremonias y profecías, y progresó a la finalización total en Jesucristo y su Nuevo Testamento.

PROVENIENTE DE DIOS, A TRAVÉS DE SUS MENSAJEROS

Ahora la situación está lista para nosotros. Hace mucho tiempo Dios habló a “los padres”, las personas del Antiguo Testamento, nuestros antepasados espirituales, y también físicos si somos judíos. Incluso Dios habló a algunos de nuestros

predecesores gentiles. Les habló por los profetas, sus mensajeros. Un profeta es alguien que habla a los hombres por Dios; un sacerdote es quien habla a Dios por los hombres. El sacerdote lleva los problemas del hombre a Dios; el profeta lleva el mensaje de Dios a los hombres. Si los dos son verdaderos, los dos están comisionados por Dios, pero sus ministerios son muy diferentes. La carta a los hebreos tiene mucho que decir sobre los sacerdotes, pero su versículo inicial se refiere a los profetas. El Espíritu Santo establece la autoridad divina del Antiguo Testamento, su precisión y autoridad, a través del hecho de que los profetas lo recibieron de Dios y entregaron el mensaje.

A lo largo de todo el Nuevo Testamento se afirma esta verdad. Por ejemplo, Pedro nos dice que “la profecía no ha tenido su origen en la voluntad humana, sino que los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). “Profecía” en el texto se refiere al Antiguo Testamento. Ningún autor humano del Antiguo Testamento escribió por su propio albedrío, solamente escribió cuando el Espíritu Santo lo dirigía.

También Pablo nos dice que “toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia” (2 Ti. 3:16). Recibimos todas las Escrituras por inspiración de Dios. Todas las Escrituras están completamente inspiradas por Dios. Dios no ha ocultado su Palabra en las palabras de los hombres, dejando a sus criaturas por sus propios medios para decidir si algo es Palabra divina o no lo es. El Antiguo Testamento es tan solo una parte de la verdad de Dios, pero no es su verdad parcial. No es su verdad completa, pero es completamente su verdad. Es la revelación de Dios, su revelación progresiva en preparación a su pueblo para la venida de su Hijo, Jesucristo.

POR EL HIJO: UNA MANERA

en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; (1:2)

La revelación perfecta y completa de Dios esperaba la venida de su Hijo. Dios, quien solía hablar de formas diferentes y a través de personas distintas, finalmente ha hablado de una manera, por medio de una Persona, su Hijo Jesucristo.

Todo el Nuevo Testamento se centra en Cristo. Los Evangelios cuentan su historia, las epístolas hablan de ella y el Apocalipsis nos dice cómo termina. De principio a fin, el Nuevo Testamento es Cristo. Ningún profeta recibió la verdad total de Dios. Los múltiples hombres del Antiguo Testamento lo recibieron en partes, porciones y fragmentos. Jesús no solo trajo la revelación final y completa de Dios, Él era esa revelación.

VIENE EN ESTOS POSTREROS DÍAS

Hay varias formas de interpretar la frase **en estos postreros días**. Podría referirse a los últimos días de la revelación. Podría significar que esta es la revelación final en Cristo, no habiendo nada más que añadir. O podría significar que en los últimos días de la revelación, esta llegaría por medio del Hijo de Dios. Pero creo que el escritor está haciendo una referencia mesiánica. La frase “los últimos días” era muy común a los judíos de la época y tenía un significado distintivo. Toda vez que un judío veía u oía estas palabras, inmediatamente tenía pensamientos mesiánicos, porque la promesa de las Escrituras era que el Mesías vendría en los postreros días (Jer. 33:14-16; Mi. 5:1-4; Zac. 9:9, 16). Interpretaremos la frase en dicho contexto, puesto que esta carta se escribió para judíos principalmente.

La mujer en el pozo, aunque era samaritana, le dijo a Jesús: “Yo sé que el Mesías va a venir. Cuando venga hablará de todo esto” (Jn. 4:25). Sabía que cuando llegara el Mesías, Él entregaría la revelación completa y final, como en efecto lo hizo.

Entonces el escritor está diciendo: “En estos últimos días prometidos, el Mesías (Cristo) ha venido y nos ha dado la revelación final de Dios”. Jesús vino en estos días finales. Tristemente, el propio pueblo del Mesías lo rechazó a Él y su revelación, y por ello el cumplimiento de todas las promesas de los últimos días aún está por completarse.

VERDADERO Y COMPLETO

El Antiguo Testamento se entregó en porciones. A Noé le fue revelada la parte del mundo de la que vendría el Mesías. A Miqueas, el pueblo en el que nacería. A Daniel, el tiempo de su nacimiento. A Malaquías, el precursor. Jonás fue una tipificación de la resurrección. Cada una de esas porciones de la revelación era cierta y precisa, y cada una estaba relacionada con las otras de una u otra forma. Cada una, de una forma u otra, señalaba al Mesías, al Cristo. Pero solo en Jesucristo se juntó todo y se completó. La revelación en Él era total y plena.

Como la revelación está completa, añadir algo al Nuevo Testamento es blasfemo. Añadir el Libro del Mormón, Ciencia y Salud o cualquier otra cosa que afirme ser revelación de Dios es blasfemo. “En estos últimos días, Dios ha finalizado su revelación en su Hijo”. Se culminó. El final del libro de Apocalipsis advierte que si le añadimos algo, sus plagas caerán sobre nosotros; y si le quitamos algo, también nos removerán del árbol de la vida y de la ciudad santa (Ap. 22:18-19).

En el primer versículo y medio de Hebreos, el Espíritu Santo establece la preeminencia de Jesucristo sobre todo el Antiguo Testamento, sobre su mensaje,

sus métodos y sus mensajeros. Era exactamente lo que aquellos judíos, creyentes e incrédulos necesitaban oír.

Y así quedó establecida la prioridad de Jesucristo. Él es mayor que los profetas. Él es mayor que cualquier revelación del Antiguo Testamento, porque Él es la personificación de toda la verdad, y más. Dios se ha expresado completamente en Cristo.

La preeminencia de Cristo

2

en estos postreros días [Dios] nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, (1:2-3)

Alguien dijo que Jesucristo había venido desde el seno del Padre al seno de una mujer. Vino a lo humano para que nosotros pudiéramos ir a lo divino. Se hizo el Hijo del hombre para que nosotros pudiéramos llegar a ser hijos de Dios. Nació en contra de las leyes de la naturaleza, vivió en pobreza, lo criaron en la oscuridad y solo una vez —en su niñez— cruzó los límites de la tierra en la que nació. No tuvo riqueza ni influencia, tampoco tuvo formación o educación en las escuelas seculares. Sus familiares eran del montón y no tenían influencia. En su infancia, asustó a un rey. En su niñez, dejó perplejos a los sabios doctores. Como adulto, gobernó el curso de la naturaleza. Caminó sobre las olas y silenció el mar para dormir. Sanó a multitudes sin medicina y no cobró por sus servicios. Nunca escribió un libro, pero todas las bibliotecas del mundo no podrían contener los libros que se han escrito sobre Él. Nunca escribió una canción, pero ha proporcionado material para más canciones que las de todos los compositores juntos. Nunca fundó una universidad, pero ni siquiera todas las escuelas juntas pueden ufanarse de tener más estudiantes que Él. Nunca practicó la medicina, pero ha sanado más corazones enfermos que cuerpos enfermos los médicos. Este Jesucristo es la estrella de la astronomía, la roca de la geología, el león y el cordero de la zoología, el armonizador de todas las disonancias y el sanador de todas las enfermedades. A lo largo de la historia, hay grandes hombres que han llegado y se han ido, pero Él vive. Herodes no pudo matarlo. Satanás no pudo seducirlo. La muerte no pudo destruirlo y la tumba no pudo retenerlo.

CUMPLIMIENTO DE LAS PROMESAS

El Antiguo Testamento nos dice al menos en dos lugares (Jer. 23:18, 22; Am. 3:7) que a los profetas se les permitió entrar en los secretos de Dios. Sin embargo, en ocasiones escribieron esos secretos sin entenderlos (1 P. 1:10-11). En Jesucristo esos secretos se cumplieron y se hicieron entendibles. Él es la Palabra final de Dios. “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Co. 1:20). Todas las promesas de Dios se resuelven en Cristo. Todas sus promesas se vuelven sí (verificadas y cumplidas). Jesucristo es la revelación suprema y final.

En estos postreros días. Los últimos días son días de cumplimiento. En el Antiguo Testamento los judíos veían los últimos días como aquellos en que todas las promesas se cumplirían. En aquellos días el Mesías vendría, el reino vendría, la salvación vendría e Israel no volvería a estar en cadenas. En los últimos días, las promesas cesarían y los cumplimientos se darían. Exactamente eso es lo que Jesús vino a hacer. Vino a cumplir las promesas. Aun cuando el aspecto milenarismo y terrenal del reino prometido sigue siendo futuro, la era del cumplimiento del reino comenzó cuando Jesús llegó, y no se completará hasta que entremos en los cielos eternos. La era del Antiguo Testamento de la promesa terminó cuando Jesús llegó.

Nos ha hablado por el Hijo. Jesucristo es la culminación de la revelación de Dios. Dios se expresó completamente en su Hijo. Tal cosa afirma que Cristo es más que un ser humano. Lo hace infinitamente superior a cualquier ser creado, porque Él es Dios manifestado en la carne. Es la revelación final de Dios, en quien todas las promesas divinas se cumplen.

Ya hemos visto la preparación para Cristo y la presentación de Cristo. Ahora miraremos su preeminencia. En esta sección potente y breve (1:2-3), el Espíritu Santo exalta a Cristo como la expresión final y total de Dios: superior y exaltado sobre todos y sobre todo. En estos versículos vemos a Cristo como el fin de todas las cosas (Herederero), el principio de todas las cosas (Creador) y el medio de todas las cosas (Sostén y Purificador).

Cuando surge la pregunta de quién era Jesucristo en realidad, algunos dirán que era un buen maestro; otros dirán que era un fanático religioso; otros, que era un farsante; y otros, que era un delincuente, un fantasma o un revolucionario político. Otros probablemente creerán que era la forma más elevada del ser humano, alguien con una chispa de divinidad que Él convirtió en una llama; ellos afirman que todos tenemos esa chispa, pero no la volvemos una llama. Hay incontables explicaciones humanas sobre quién era Jesús. En este capítulo vamos a revisar qué dice Dios acerca de quién era —y quién *es*— Jesús. En tan solo la mitad del versículo 2 y el versículo 3 se presentan siete características excelentes de Jesucristo. En todas ellas queda claro que Él es más que un hombre.

SU CONDICIÓN DE HEREDERO

La primera característica de Jesús que aquí se menciona es su condición de heredero: **En estos postreros días [Dios] nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo.** Si Jesús es el Hijo de Dios, es el heredero de todo lo que Dios posee. Todo lo que existe hallará su significado verdadero solo cuando esté bajo el control final de Jesucristo.

Hasta los Salmos predecían que un día Él sería el heredero de todo lo que Dios posee. “‘He establecido a mi rey sobre Sion, mi santo monte’. Yo proclamare el decreto del SEÑOR: ‘Tú eres mi hijo’, me ha dicho; ‘hoy mismo te he engendrado’” (Sal. 2:6-7, NVI). Y continúa diciendo: “‘Pídeme, y como herencia te entregaré las naciones; ¡tuyos serán los confines de la Tierra! Las gobernarás con puño de hierro; las harás pedazos como a vasijas de barro’” (Sal. 2:8-9, NVI). Y vuelve a decir: “Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la Tierra” (Sal. 89:27). Aquí *primogénito* no significa que Cristo no existiera antes de que naciera como Jesús en Belén. No se trata en absoluto de un término cronológico; más bien, sí tiene todo que ver con derechos legales, especialmente los de herencia y autoridad (de los cuales hablaremos más en detalle en el capítulo 3). En los últimos días, Jesucristo recibirá por fin y eternamente el reino destinado de Dios.

Pablo explica que Cristo no solo creó todas las cosas, sino que las cosas fueron creadas *para* Cristo (Col. 1:16) y que “de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:36). Todo lo que existe, existe para Jesucristo. ¿Qué verdad prueba mejor su igualdad con Dios?

En Apocalipsis 5, se describe a Dios sentado en un trono, con un rollo en su mano: “Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos” (v. 1). El rollo es la escritura de propiedad de la Tierra y todo lo que hay en ella. Es la propiedad para el Heredero, Aquel que tiene el derecho de tomarla para sí. En tiempos del Nuevo Testamento, la ley romana requería que un testamento tuviera siete sellos para protegerlo de alteraciones. Cuando lo enrollaban, lo iban sellando en siete lugares, más o menos un sello por vuelta. Los sellos no debían romperse hasta después de la muerte de la persona que había hecho el testamento.

Juan continúa con su visión: “Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?” (v. 2). ¿Quién —se preguntaba el ángel— es el heredero legal de la Tierra? “Y ninguno, ni en el cielo ni en la Tierra ni debajo de la Tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo” (v. 3). Juan, perplejo y apesadumbrado, “lloraba... mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos [le] dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos” (vv. 4-5). Tras

continuar mirando, vio “que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba de pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la Tierra” (v. 6). Jesucristo, el Cordero, vino y tomó el rollo de la diestra de Dios. ¿Por qué? Porque Él y solamente Él tenía el derecho de tomarlo. Él es el Heredero de la Tierra.

El capítulo 6 de Apocalipsis empieza con la descripción de la tribulación, el primer paso cuando Cristo retome la Tierra, que es suya por derecho. Él va desenrollando los sellos, uno por uno. Cuando cada uno de los sellos se rompe, la posesión y el control sobre su herencia se incrementa. Finalmente, “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos” (11:15). Cuando desenrolle el séptimo sello y suene la séptima trompeta, la Tierra será suya.

En su primer sermón en Pentecostés, Pedro dijo a sus oyentes judíos: “Por tanto, sépalo bien todo Israel que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías” (Hch. 2:36, NVI). En efecto, el carpintero que murió clavado en una cruz es el Rey de reyes y Señor de señores. Él gobernará el mundo. Satanás sabía esta verdad cuando se acercó a Jesús en el desierto y lo tentó con tomar el control del mundo de la manera equivocada: inclinándose ante él. Siendo Satanás el usurpador del gobierno de Dios sobre la Tierra, él intenta continuamente evitar por todos los medios que el Heredero verdadero reciba su herencia.

Cuando Cristo vino por primera vez a la Tierra, se hizo pobre por nosotros, para que nosotros pudiéramos ser ricos por medio de su pobreza. No tenía nada para sí. No tenía “dónde recostar la cabeza” (Lc. 9:58). Hasta de la ropa lo despojaron cuando murió. Lo enterraron en una tumba que pertenecía a otra persona. Pero cuando Cristo vuelva de nuevo a la Tierra, heredará todas las cosas completa y eternamente. Y, oh, grata sorpresa, por haber confiado en Él, seremos “coherederos con Cristo” (Ro. 8:16-17). Cuando entremos en su reino eterno, poseeremos conjuntamente todo lo que Él posee. No seremos cristos o señores junto con Él, pero seremos coherederos con Él. Su herencia maravillosa será nuestra también.

AÚN ASÍ, ALGUNOS LO RECHAZAN

De manera sorprendente, aunque Cristo es el Heredero de todo lo que Dios posee, y aunque ofrece hacer partícipe de su herencia a todo aquel que confíe en Él, aún así, algunos lo rechazan. Muchos rechazaron a Dios cuando se reveló en el Antiguo Testamento. Ahora Dios se ha revelado perfectamente en el Nuevo Testamento de su Hijo y las personas lo siguen rechazando.

Jesús ilustró esta tragedia en una parábola.

Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo. Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará (Mt. 12:33-44).

La parábola no necesita explicación.

Rechazar voluntariamente a Jesucristo trae completa condenación y destrucción por parte de un Dios vindicativo. Para Israel, la parábola dice: “Porque fue tan evidente lo que hicieron, no solo rechazando y matando a los profetas sino rechazando y matando al Hijo, ustedes perdieron la promesa, que ha pasado a ser de una nación nueva: la Iglesia”. Dios separó a Israel hasta el tiempo en que Él le restaure.

SU CONDICIÓN DE CREADOR

La segunda característica de Cristo mencionada en Hebreos 1 es su condición de Creador: **Por quien asimismo hizo el universo**. Cristo es el agente por medio del cual Dios creó el mundo. “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn. 1:3). Una de las más grandes pruebas de la divinidad de Jesús es su capacidad para crear. Excepto por su completa ausencia de pecado, su justicia total, nada lo separa más de nosotros que su capacidad de creación. La capacidad para crear pertenece solo a Dios, y el hecho de que Jesús pueda crear indica que Él es Dios. Él creó todo lo material y todo lo espiritual. Aunque el hombre ha manchado su obra con el pecado, Cristo en el principio lo hizo todo bueno, y esa creación anhela la restauración a como eran las cosas en el principio (Ro. 8:22).

La palabra griega para **universo** es *kosmos*, pero no es esta la palabra que aparece en Hebreos 1:2. Aquí la palabra es *aiōnas*, que no significa el mundo material, sino “los siglos”, como suele traducirse. No solamente es Jesucristo responsable por la Tierra física; también es responsable por la creación del tiempo, el espacio, la materia y la energía. Cristo creó todo el universo y todo lo que lo hace funcionar, y lo hizo sin esfuerzo.

John C. Eccles, médico premio nobel de neurofisiología, dijo que la probabilidad de la combinación exacta de circunstancias para que la vida inteligente evolucionara en la Tierra era muy baja, aunque continuó diciendo que creía que había ocurrido pero que nunca volvería a ocurrir en otro planeta ni en otro sistema solar (“Evolution and the Conscious Self” [Evolución y la persona consciente] en John D. Rolansky, *The Human Mind: A Discussion at the Nobel Conference* [La mente humana: Una charla en la conferencia del nobel] [Amsterdam: North Holland, 1967]). Si usted no reconoce al Creador, tiene un gran problema a la hora de explicar cómo llegó a existir este universo maravilloso, intrincado e inconmensurable.

Sin embargo, miles y miles de hombres creen que el hombre emergió del cieno primitivo. El hombre simplemente evolucionó. Esa criatura maravillosa cuyo corazón late ochocientos millones de veces en un período de vida normal y bombea tanta sangre que podría llenar los depósitos de una fila de autos cuya longitud sea de Nueva York a Boston; esa misma criatura que en una sección del cerebro de poco más de un centímetro cúbico contiene todos los recuerdos de toda la vida; esa misma persona cuyos oídos transfieren las ondas de sonido y las pasa de aire a líquido sin que se pierda el sonido.

A. K. Morrison, otro científico brillante, nos dice que las condiciones para la vida en la Tierra exigen tantos miles de millones de circunstancias interrelacionadas minúsculas simultáneamente, en el mismo instante infinitesimal, que tal perspectiva está más allá de la credibilidad y de la posibilidad.

Considérese la inmensidad del universo. Si usted pudiera meter de alguna manera 1.2 millones de planetas Tierra en el sol, aún tendría espacio para 4.3 millones de lunas. El sol tiene casi 1.4 millones de kilómetros de diámetro y está a aproximadamente 150 millones de kilómetros de la Tierra. Nuestra estrella más cercana, Alfa Centauro, es 5 veces más grande que nuestro sol. La luna está a una distancia de alrededor de 340 mil kilómetros y se podría caminar hasta ella en 27 años. Un rayo de luz viaja a casi 300 mil kilómetros por segundo, de modo que un destello de luz llegaría a la luna en tan solo segundo y medio. Si pudiéramos viajar a esa velocidad, nos tomaría 2 minutos y 18 segundos llegar a Venus, 4 minutos y medio llegar a Mercurio, 1 hora y 11 segundos llegar a Saturno, y así sucesivamente. Llegar a Plutón, que está a más de 4300 millones de kilómetros de la Tierra, nos tomaría casi 4 horas. Habiendo llegado tan lejos, aún estaríamos dentro del sistema solar. La Estrella Polar está a 643 mil millones de kilóme-

tros de la Tierra, pero esa es una distancia que sigue siendo cercana, incluso con relación al espacio conocido. La estrella Betelgeuse está a más de 1.4 trillones de kilómetros de nosotros (1.4 trillones es 14 seguido de 17 ceros). Tiene un diámetro de más de 400 millones de kilómetros, aun mayor que la órbita de la Tierra.

¿De dónde provino todo esto? ¿Quién lo concibió? ¿Quién lo hizo? No puede ser un accidente. Alguien tuvo que hacerlo, y la Biblia nos dice que el Hacedor fue Jesucristo.

SU RESPLANDOR

Tercero, vemos el resplandor de Cristo, el brillo de la gloria de Dios. Jesús es **el resplandor de su gloria**. Aquí **resplandor** (*apaugasma*, “envío de luz”) representa a Jesús como la manifestación de Dios. Él nos revela a Dios. Nadie puede ver a Dios; nadie lo hará nunca. El único resplandor que nos llega de Dios está mediado por Jesucristo. Tal como los rayos del sol iluminan y calientan la Tierra, así también Jesucristo es la luz gloriosa de Dios que brilla en los corazones de los hombres. Tal como el sol no dejó nunca de brillar y no puede separarse de su brillo, Dios tampoco estuvo sin la gloria de Cristo y no se puede separar de ella. Dios nunca estuvo sin Cristo ni Cristo sin Él, y nunca, de ninguna forma, se puede separar de Dios. Sin embargo, el brillo del sol no es el sol. Cristo tampoco es Dios en ese sentido. Él es Dios completa y absolutamente, pero es una Persona distinta.

Nunca podríamos ver o disfrutar la luz de Dios si no tuviéramos a Jesús para verlo a Él. Jesús dijo una vez, estando en el templo, “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12). Jesucristo es el **resplandor de la gloria** de Dios, Él puede transmitir esa luz en nuestras vidas, para que a su vez nosotros podamos alumbrar con la gloria de Dios. Vivimos en un mundo de oscuridad. Está la oscuridad de la injusticia, el fracaso, las privaciones, la separación, la enfermedad, la muerte, y mucho más. Está la oscuridad moral de hombres ciegos por sus apetitos y pasiones impíos. A este mundo oscuro envió Dios su Luz gloriosa. Sin el Hijo de Dios, solo hay oscuridad.

Por supuesto, la gran tragedia es que la mayoría de los hombres ni siquiera quieren ver, mucho menos aceptar y vivir, la luz de Dios. Pablo explica que “el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Dios envió su luz en la persona de Jesucristo, para que el hombre pudiera contemplar, aceptar y resplandecer esa luz. Pero Satanás se ha movido en este mundo para cegar las mentes de los hombres y evitar que la luz gloriosa del evangelio los alumbrase.

Sin embargo, quienes recibieron su luz pueden decir: “Porque Dios, que

mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). Es esto lo que sucede cuando Dios entra en una vida.

Un escritor de himnos dijo: “Ven a la luz. Está brillando por ti. La luz ha amanecido dulcemente sobre mí”. Qué maravilloso es darse cuenta de que Jesucristo, el cual es la expresión total de Dios en la historia humana, vino a nuestras vidas y nos dio la luz para ver y conocer a Dios. De hecho, su luz nos dio la vida en sí misma, la vida espiritual. Y su luz nos dio también propósito, significado, felicidad, paz, alegría, comunión, todo, por toda la eternidad.

SU SER

La siguiente característica de Cristo es su ser. Él es **el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia**. Jesucristo es la imagen expresa de Dios. Cristo no era solamente la manifestación de Dios, era Dios en sustancia.

La imagen misma es una traducción del término griego que se usa para la impresión hecha con un sello o estampilla. El diseño del sello se reproduce en la cera. Jesucristo es la reproducción de Dios. Él es la impresión personal y perfecta de Dios en el tiempo y el espacio. Colosenses 1:15 ofrece una ilustración semejante para esta verdad incomprensible: “Él es la imagen del Dios invisible”. Aquí, la palabra *imagen* es *eikōn*, de la cual se deriva *ícono*. La palabra *eikōn* quiere decir “copia precisa”, “reproducción exacta”, como en una escultura o retrato finos. Llamar a Cristo el *Eikōn* de Dios significa que Él es la reproducción exacta de Dios. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9).

SU ADMINISTRACIÓN

En Hebreos 1:3, encontramos también la quinta característica de Cristo. Su administración o sustento. Él **sustenta todas las cosas con la palabra de su poder**. No es solo que Cristo haya hecho todas las cosas y que algún día las vaya a heredar, sino que Él las sostiene mientras tanto. La palabra griega para **sustenta** quiere decir “apoyar, mantener”, y aquí se usa en tiempo presente para implicar una acción continua. Jesucristo en este momento es quien sustenta todas las cosas en el universo.

Basamos toda nuestra vida en la continuidad, la constancia, de las leyes. Cuando sucede algo que interrumpe aunque sea un poco la condición u operación normal de las cosas, como un terremoto, las consecuencias suelen ser desastrosas. ¿Puede imaginarse qué ocurriría si Cristo renunciara a sustentar con su poder las leyes del universo? Dejaríamos de existir. Si suspendiera la ley de la gravedad solo por un momento breve, moriríamos, de formas inimaginables.

Si las leyes físicas variaran, tendríamos un desorden increíble. Quizás no

existiríamos. Nuestra comida podría ser venenosa. No podríamos mantenernos en la Tierra; saldríamos despedidos hacia el espacio. Los océanos nos anegarían con frecuencia. Muchísimas más cosas ocurrirían, muchas que ni siquiera podríamos suponer.

Considérese, por ejemplo, la destrucción instantánea que ocurriría si la rotación de la Tierra se hiciera tan solo un poco más lenta. El sol tiene una temperatura en su superficie de aproximadamente 6650 grados centígrados. Si estuviera más cercano a nosotros, nos quemaríamos, si estuviera más alejado nos congelaríamos. Nuestro planeta tiene una inclinación exacta de 23 grados, por lo cual tenemos cuatro estaciones. Si no tuviéramos esa inclinación, los vapores de los océanos se moverían al norte y al sur, convirtiéndose en continentes monstruosos de hielo. Si la luna no estuviera a la distancia exacta de la Tierra, las mareas de los océanos inundarían los terrenos completamente, dos veces al día. Por supuesto, después de la primera inundación, en lo que a nosotros respecta, las otras no importarían. Si el suelo oceánico tuviera tan solo unos cuantos decímetros más de lo que tiene hoy, el dióxido de carbono y el nivel de oxígeno en la atmósfera terrestre se alteraría completamente y no podría existir vida animal o vegetal. Si la atmósfera no permaneciera en su densidad presente y se hiciera un poco más delgada, muchos de los meteoros inofensivos que se derriten al entrar en la atmósfera nos estarían bombardeando constantemente. Tendríamos que vivir bajo tierra o en edificios a prueba de meteoros.

¿Cómo puede el universo permanecer en este equilibrio tan fantásticamente delicado? Jesucristo sustenta y vigila todos sus movimientos e interacciones. Cristo, el Poder preeminente, lo mantiene.

Las cosas no ocurren por accidente en nuestro universo. No sucedieron por accidente en el principio. No van a ocurrir por accidente en el final y no están ocurriendo por accidente en este momento. Jesucristo es quien sustenta el universo. Él es el Príncipe de la cohesión. No es el creador “relojero” de los deístas, quien hizo el mundo, lo puso en movimiento y no se volvió a preocupar por él desde ese entonces. El universo es un cosmos, no un caos; un sistema confiable, no un desorden errático e impredecible; solo porque Jesucristo lo sostiene.

Los científicos que descubren las verdades grandes y sorprendentes lo único que hacen es encontrar algunas de las leyes que Jesucristo diseñó y que hoy usa para controlar el mundo. Ningún científico, matemático, astrónomo o físico nuclear, podría hacer algo sin el poder sustentador de Jesucristo. El universo completo pende del brazo de Jesús. Su sabiduría inescrutable y su poder sin límite se manifiestan en el gobierno del universo. Y lo hace con la palabra de su poder, sin esfuerzo. La clave para el relato de la creación en Génesis está en dos palabras: “Dios dijo”. Dios habló y ocurrió.

Cuando pienso en el poder de Cristo para sostener el universo, esta verdad me llega directo al corazón. En Filipenses 1:6 leemos esta promesa maravillosa:

“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. Cuando Cristo comienza una obra en nuestros corazones, la sostiene y la sustenta durante todo el proceso. Podemos imaginar la emoción de Judas cuando escribió: “Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén” (Jud. 24-25). Cuando le entregamos la vida a Cristo, Él la sostiene y la sustenta y un día la llevará a la misma presencia de Dios. Tal como con el universo, una vida es un caos si Cristo no la sustenta.

SU SACRIFICIO

La sexta característica de Cristo es su sacrificio: **Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo.** ¡Qué declaración más impresionante!

La Biblia dice que la paga del pecado es muerte. Jesucristo fue a la cruz, murió en nuestro lugar (nosotros merecíamos morir), llevó el castigo de nuestro pecado sobre Él. Si aceptamos su muerte y creemos que murió por nosotros, Él nos librará del castigo por el pecado y nos purificará de su mancha.

La creación del mundo fue una obra maravillosa de Dios. Es maravilloso que sustente el mundo. Pero una obra más grande que hacer y sostener el mundo es purgar a los hombres de su pecado. En Hebreos 7:27 se nos dice que Jesús “no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”. En el Antiguo Testamento los sacerdotes tenían que hacer sacrificio tras sacrificio por ellos y por el pueblo. Jesús hizo un único sacrificio. No solamente era el sacerdote, también era el sacrificio. Y por cuanto su sacrificio era puro, podía purificar nuestros pecados, algo que todos los sacrificios juntos del Antiguo Testamento no podían hacer.

Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?... Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado (He. 9:12-14, 26b).

Jesucristo resolvió el problema del pecado de una vez por todas. Tenía que hacerse. No nos podíamos comunicar con Dios o entrar en comunión con Él a menos que se hiciera algo con el pecado. De modo que Cristo fue a la cruz y cargó con el castigo por el pecado de todo aquel que acepte su sacrificio, crea en Él y lo reciba. Él purgó el pecado, lo limpió.

Esta verdad debió haber parecido especialmente notable a los destinatarios originales de Hebreos. La cruz era una piedra de tropiezo para los judíos, pero el autor no se excusa por ello. En su lugar, muestra que es una de las siete características gloriosas de Cristo. Sus palabras son directas, como las de Pedro: “Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 P. 1:18-19).

Todos somos pecadores. O pagamos el castigo por nuestro pecado, que es la muerte eterna, o aceptamos el pago de Jesucristo, por medio del cual recibimos vida eterna. Si el deseo de nuestro corazón es recibirle como Salvador, creer en su sacrificio y aceptarlo, en ese momento Él lavará nuestros pecados. La Biblia dice que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecado (He. 9:22) y que “la sangre de Jesucristo... nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7). Jesús vino como el sacrificio perfecto. Aquel a quien se le perdonan sus pecados recibe el perdón solo por medio de Jesucristo. Pero la sangre de Jesucristo nunca será aplicada a nosotros a menos que le recibamos por fe en nuestras vidas.

Y, de nuevo, ¡aun así hay personas que lo rechazan! Hebreos 10:26 nos advierte: “Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados”. Si rechazamos a Jesucristo, no hay nada en el universo que pueda limpiarnos de nuestro pecado y moriremos en él. A tales personas, Jesús les dijo: “En su pecado morirán. Adonde yo voy, ustedes no pueden ir” (Jn. 8:21, NVI).

SU EXALTACIÓN

La última de las características de Cristo que aparecen en este pasaje es su exaltación. **Se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.** Ahora, **la Majestad en las alturas** es Dios. **La diestra** es el lado del poder. Jesús tomó su lugar como mano derecha de Dios. Lo maravilloso de esta declaración es que Jesús, el sumo sacerdote perfecto, **se sentó.** Esto manifiesta un contraste grande con el procedimiento sacerdotal del Antiguo Testamento. En los santuarios del templo y del tabernáculo no había sillas. El sacerdote no tenía un lugar para sentarse porque Dios sabía que no era apropiado que aquel se sentara allí. Su responsabilidad era hacer sacrificios, hacer sacrificios, hacer sacrificios, una vez tras otra. De modo que los sacerdotes ofrecían sacrificios a diario y nunca se sentaban. Pero

Jesús ofreció un sacrificio y dijo: “Consumado es”. Luego fue y se sentó con el Padre. La tarea estaba hecha. Lo que no se pudo lograr bajo el pacto antiguo, ni siquiera tras siglos de sacrificios, se logró con Jesucristo para siempre.

Que Cristo esté sentado a la diestra del Padre significa al menos cuatro cosas. Brevemente, esas cosas son:

Primera, se sentó como señal de honor, para que “toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:11). Sentarse a la derecha del Padre es un honor de verdad.

Segunda, se sentó como señal de autoridad. Cristo, “habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades” (1 P. 3:22). Se sentó como gobernante.

Tercera, se sentó a descansar. Su obra estaba terminada. “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (He. 10:12).

Cuarta, se sentó para interceder por nosotros. “Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:34). Se sentó a la derecha del Padre para interceder por todos los que le pertenecemos.

Tenemos aquí la descripción divina de Jesucristo. Hemos visto la preeminencia de Cristo en todos sus oficios. Lo hemos visto como profeta, el portavoz definitivo de Dios. Lo hemos visto como sacerdote, expiando e intercediendo. Lo hemos visto como Rey, controlando, sustentando y sentado en su trono. Éste es nuestro Señor Jesucristo.

Quien diga que Jesucristo es menos que esto es un necio y hace a Dios un mentiroso. Dios dijo que su Hijo es preeminente en todas las cosas.

¿Qué significa esto para nosotros? Rechazar a Jesucristo es quedar excluido de su presencia e ir al infierno eterno. Pero recibirlo es entrar en todo lo que Él es y posee. No hay más opciones.